

LLAMADOS A SEMBRAR ESPERANZA



Colección “Raíces de la fe”

FRANCISCO, PAPA

LLAMADOS A SEMBRAR ESPERANZA

Catequesis sobre la esperanza cristiana



Ciudad Nueva

1ª edición: diciembre 2017

Preparado por: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

Imagen de cubierta: *Foto Osservatore Romano / LaPresse*

© Libreria Editrice Vaticana

© 2017, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-389-8

Depósito legal: M-33.551-2017

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Nota del editor

Después del Año Santo de la Misericordia, las catequesis del papa Francisco se centran en la esperanza cristiana, que recogemos en este libro siguiendo con la línea editorial iniciada por Ciudad Nueva con Benedicto XVI.

Estas catequesis de Francisco van del 7 de diciembre de 2016 al 25 de octubre de 2017. Recorren algunos hitos de la historia sagrada que fundamentan la esperanza cristiana, comenzando por el Primer Testamento y continuando con los evangelios, las cartas de san Pablo; los momentos fuertes del año litúrgico: Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua, Pentecostés...

Con su estilo cercano, Francisco sigue acompañando al pueblo de Dios y animándolo a dar razón de la esperanza cristiana no «a nivel teórico, con palabras, sino sobre todo con el testimonio de la vida, y esto tanto dentro de la comunidad cristiana como fuera de ella. Si Cristo está vivo y vive en nosotros, en nuestro corazón, entonces debemos dejar también que se haga visible, no esconderlo, y que actúe

en nosotros. Esto significa que el Señor Jesús debe convertirse cada vez más en nuestro modelo: modelo de vida; y que nosotros debemos aprender a comportarnos como Él se comportó».

«Para dar fruto, Jesús vivió el amor hasta el fondo, dejándose romper por la muerte, como una semilla se deja romper bajo tierra. Precisamente ahí, en el punto extremo de su abajamiento –que es también el punto más alto del amor– germinó la esperanza. [...] Mira la cruz, mira al Cristo crucificado y de ahí te llegará la esperanza que no desaparece, la que dura hasta la vida eterna».

«Un cristiano –dice también el papa en otro momento– puede sembrar amargura, puede sembrar perplejidad, y esto no es cristiano, y quien hace esto no es un buen cristiano... El Espíritu Santo no solo nos hace capaces de tener esperanza, sino también de ser sembradores de esperanza, de ser también nosotros –como Él y gracias a Él– paráclitos, es decir, consoladores y defensores de los hermanos, sembradores de esperanza».

LA EDITORA

1. Isaías 40: «Consolad a mi pueblo...»*

Iniciamos hoy una nueva serie de catequesis, sobre el tema de la *esperanza cristiana*. Es muy importante, porque la esperanza no defrauda.

¡El optimismo defrauda, la esperanza no! La necesitamos mucho en estos tiempos que parecen oscuros, donde a veces nos sentimos perdidos frente al mal y la violencia que nos rodea, frente al dolor de tantos hermanos nuestros. ¡Necesitamos esperanza! Nos sentimos perdidos y también un poco desanimados, porque nos vemos impotentes y nos parece que esta oscuridad no se va a acabar nunca.

Pero no hay que dejar que la esperanza nos abandone, porque Dios con su amor camina con nosotros. «Yo espero porque Dios camina conmigo»: esto podemos decirlo todos. Cada uno de nosotros puede decir: «Yo espero, tengo esperanza, porque Dios camina conmigo». Camina y me lleva de la mano. Dios no nos deja solos. El Señor Jesús ha vencido al mal y nos ha abierto el camino de la vida.

* Audiencia general, Aula Pablo VI, 7 de diciembre de 2016.

Entonces, sobre todo en este tiempo de Adviento, que es el tiempo de la espera, en el que nos preparamos para dar la bienvenida una vez más al misterio consolador de la Encarnación y de la luz de la Navidad, es importante reflexionar sobre la esperanza. Dejemos que el Señor nos enseñe qué quiere decir tener esperanza. Escuchemos las palabras de la Sagrada Escritura, empezando por *el profeta Isaías*, el gran profeta del Adviento, el gran mensajero de la esperanza.

En la segunda parte de su libro, Isaías se dirige al pueblo con un *anuncio de consolación*:

«Consolad, consolad a mi pueblo,
dice vuestro Dios.

Hablad al corazón de Jerusalén
y decidle bien alto que ya ha cumplido su milicia,
ya ha satisfecho por su culpa [...]».

Una voz clama:

«En el desierto abrid camino al Señor,
trazad en la estepa una calzada recta
a nuestro Dios.

Que todo valle sea elevado
y todo monte y cerro rebajado;
vuélvase lo escabroso llano
y las breñas planicie.

Se revelará la gloria del Señor
y toda criatura a una la verá,
porque la boca del Señor ha hablado» (40, 1-2.3-5).

Dios Padre consuela suscitando consoladores, a los que pide que alienten a su pueblo, a sus hijos, anunciando que la tribulación ha terminado, que el dolor se ha acabado y el pecado ha sido perdonado. Esto es lo que cura el corazón angustiado y asustado. Por eso el profeta llama a *preparar el camino al Señor*, abriéndonos a sus dones y a su salvación.

Para el pueblo, la consolación comienza con la posibilidad de caminar por el camino de Dios, un camino nuevo, rectificado y viable, un camino que hay que disponer *en el desierto* para poder atravesarlo y volver a la patria. Porque el pueblo al que el profeta se dirige estaba viviendo en ese tiempo la tragedia del exilio en Babilonia, y ahora por fin oye decir que podrá volver a su tierra a través de un camino cómodo y largo, sin valles ni montañas, que hacen cansado el camino; un camino allanado en el desierto. Preparar ese camino quiere decir, por tanto, preparar *un camino de salvación y de liberación* de todo obstáculo y tropiezo.

El exilio había sido un momento dramático en la historia de Israel, cuando el pueblo lo había perdido todo. El pueblo había perdido la patria, la libertad, la dignidad e incluso la confianza en Dios. Se sentía abandonado y sin esperanza. Pero aquí llega la llamada del profeta, que vuelve a abrir el corazón a la fe. *El desierto* es un lugar donde es difícil vivir, pero precisamente allí ahora se podrá caminar *para*

volver no solo a la patria, sino volver a Dios, volver a tener esperanza y a sonreír.

Cuando estamos en la oscuridad, en las dificultades, no nos sale la sonrisa, y es precisamente la esperanza la que nos enseña a sonreír para encontrar ese camino que lleva a Dios. Una de las primeras cosas que les pasa a las personas que se separan de Dios es que son personas sin sonrisa. Quizá puedan soltar una gran carcajada, una tras otra, un chiste, una carcajada... ¡pero les falta la sonrisa! La sonrisa la da solamente la esperanza: es la sonrisa de la esperanza de encontrar a Dios.

La vida es a menudo un desierto, es difícil caminar por la vida, pero si nos encomendamos a Dios puede llegar a ser hermosa y ancha como una autopista. Es suficiente con no perder nunca la esperanza, basta con que sigamos creyendo, siempre, a pesar de todo. Cuando nos encontramos ante un niño, puede que tengamos muchos problemas y muchas dificultades, pero nos sale de dentro una sonrisa, porque nos encontramos delante de la esperanza: ¡un niño es una esperanza! Así, tenemos que saber ver en la vida el camino que nos lleva a encontrarnos con Dios, Dios, que se hizo niño por nosotros. ¡Y nos hará sonreír, nos dará todo!

Precisamente estas palabras de Isaías las usa después Juan el Bautista en su predicación, que invitaba a la conversión. Decía: «Voz que clama en el de-